

La fe: encuentro personal que sana nuestras heridas

Entre los empujones y apretones de la gente a Jesús, vemos emerger a una mujer que está enferma y busca ayuda. De ella no sabemos ni su nombre ni su historia. Solo que hace doce años que sufre hemorragias constantes de sangre, una enfermedad que la mantiene apartada de las fuentes de la vida: la relación con Dios y con los otros.

Su don, la sangre que posibilita engendrar y nutrir otra vida nueva, se convierte en su peso y en motivo de ser rechazada por muchos. La sangre menstrual era considerada impura por la ley judía. Nadie podía entrar en contacto con una mujer que padece flujos de sangre, pues sería contagiado por su impureza, ni tocar los objetos que ella usa (Lev 15, 2). La mujer de nuestra historia arrastra durante doce años la condición de *mujer impura*, de mujer aislada. Por un lado, tiene que alejarse de la proximidad de los demás; por otro, hay en ella un deseo incesante de acercarse simplemente y ser aceptada. Una mujer que pierde constantemente su sangre es una persona herida en lo más profundo de su ser, a la que se le está yendo la vida. “*Ha gastado toda su fortuna para curarse, sin obtener mejora alguna*” (Mc 5, 26), pero no se ha conformado ni se ha resignado por completo, aunque, lejos de mejorar, todo ha ido a peor.

Los médicos simbolizan a aquellas instancias que podrían ofrecerle ayuda y que, sin embargo, logran el efecto contrario: que la mujer empeore y se empobrezca cada vez más, hasta hacer que ella misma se considere despreciable para otros. Teme ser juzgada y mantiene bloqueado el acceso a su intimidad.

¿Dónde encuentra esta mujer el ánimo interior para no quedarse parada? Ella toma la iniciativa: “*Oyó hablar de Jesús, se acercó por detrás y tocó su manto*” (Mc 5, 27). El verbo “tocar” aparece en ese relato cuatro veces (Mc 5,27.28.30.31). La curación de la mujer se produce *inmediatamente*. No hay testigos, y solo ella puede confirmar la curación, solo ella puede contar lo vivido. Jesús es consciente de la conmoción que se ha producido también en su cuerpo. Y pregunta por ella, quiere devolverle su dignidad. “*Ves que la gente te está estrujando y preguntas: ¿quién te ha tocado?*” (Mc 5, 31). Pero Jesús apunta en otra dirección, *al misterio de una comunicación interpersonal*. Se ha tratado de un contacto distinto, de una calidad en el tocar. Todos estaban cerca de él y lo tocaban, pero ninguno lo hizo como esta mujer.

San Juan de la Cruz definió a Dios como “*quien no sabe sino sanar*” (Llama 2, 8), Y esta mujer se lo ha confirmado a Jesús con su gesto. Ha tenido el coraje de

tocarlo más allá de los tabúes y de las prohibiciones y ha experimentado la potencia de su amor en su propia piel. Al comienzo ella había oído hablar de Jesús, y ahora es él quien la busca con su mirada y quiere reconocerla, colocarla en el centro, restablecerle su mundo relacional.

Entonces ella se acercó, ya no a su espalda, sino a su rostro, y le contó toda la verdad. Pudo bajar hasta el último rincón de la casa de su vida, mostrarse desnuda y no sentir vergüenza: *“Hija, tu fe te ha salvado, vete en paz y sigue curada de tu tormento”* (Mc 5, 34).

El relato que en este mes reflexionamos y que nos ayuda en nuestra oración quiere hacernos descubrir cómo Dios es la fuerza que nos hace reaccionar ante el miedo, ante la inseguridad que estamos viviendo.

Una mirada a nuestro mundo nos hace descubrir que realmente sentimos ese temor a recobrar nuestra vida habitual. Es verdad que tenemos que guardar unas medidas sanitarias que nos ayudarán a detener esta pandemia, pero tenemos que reconocer -al igual que la *hemorroísa*- que esta situación nos ha secuestrado la alegría, nos ha borrado del rostro la ilusión. Nada es como antes, y el miedo hace que nos encerremos en nosotras mismas, siendo incapaces de encontrar una salida.

¿Cómo poder quebrar estas cadenas de inseguridad, de temor? Sólo la fuerza de Jesús es capaz de ello. Cuando Etty Hillesum fue internada en el campo para judíos de Westerbork, en Holanda, en espera de ser deportada en plena Segunda Guerra Mundial, lee la Biblia para poder vivir. Por enésima vez lee el himno al amor de san Pablo y nos relata con sencillez lo que le sucede mientras recibía estas palabras: *“¿Qué estaba pasando en mí mientras leía este texto? Todavía no lo puedo expresar muy bien. Tenía la impresión de que una varita mágica venía a tocar la superficie endurecida de mi corazón y al instante hacía brotar de él fuentes ocultas. Y me encontré arrodillada de repente... mientras que el amor como liberado me recorría toda entera, liberada de la envidia, de los celos, de la antipatía”*.

Necesitamos recibir palabras que toquen nuestras superficies endurecidas y nos liberen de tantas ataduras que no nos dejan respirar con anchura, ni mirar compasivamente, ni considerar la belleza de cada día. Este momento de nuestra existencia puede servirnos para reconocer nuestra debilidad y la necesidad de sentirnos salvados -¡sanados!- por el mismo Jesús. En un momento de tanta fragilidad Jesús es nuestra fortaleza: ¡y cómo no descubrir que la Eucaristía es el alimento que necesitamos para fortalecernos! Cada vigilia es para nosotras la experiencia de sanación: sentimos esa fuerza que cambia nuestro corazón, que rompe nuestras cadenas, que nos otorga una vida nueva.